

ESCRIBES COMO HOMBRE/ TODA ESCRITURA ES FEMENINA

Entrevista a Fernanda Melchor

Luis Román Nieto

Hay una especie de contraste: [Veracruz] es un lugar bello pero también feo, y es un lugar alegre pero también sórdido. Tiene siempre esta contradicción. Yo trato de hacerle justicia [...] hacer ver que sí es un lugar sórdido o degradado o apestoso, pero al mismo tiempo puedes encontrar la belleza en los momentos difíciles.

Fernanda Melchor (Veracruz, 1982) es una de las escritoras mexicanas más destacadas de su generación. Se ha ganado el reconocimiento de críticos y lectores gracias a *Aquí no es Miami*, colección de crónicas que revelan la corrupción y degradación del estado veracruzano. En su primera novela, *Falsa liebre*, alude al mundo sórdido de unos jóvenes castrados de sus sueños que viven en el sofocante trópico; y en *Temporada de huracanes*, su libro más reciente, explora la naturalización de la barbarie a través de un misterioso crimen pasional.

Como parte de la bienvenida a los nuevos estudiantes, en agosto de 2017 Fernanda asistió a la Facultad de Letras de la Universidad Veracruzana para ofrecer una charla sobre el oficio del escritor.

Aproveché su estancia en la ciudad de Xalapa para platicar con ella sobre su obra: su fascinación por el lado oscuro del paisaje veracruzano, sus personajes –machos miserables–, así como su particular, rudo y rabioso estilo de escritura que la ha distinguido de otras autoras contemporáneas.

Luis Román Nieto: En toda la obra que llevas publicada hay una constante del “paraíso, degradado”. ¿Por qué aparece esta belleza sórdida en tus libros?

Fernanda Melchor: Es por la idea de que algo feo puede ser también hermoso. A veces tiene que ver con “de dónde vengo”; yo vengo de Veracruz, del Puerto. En el Puerto tienes playas, y de entra-

da no son bonitas; son horribles, sucias; pero al estar ahí ves el mar, el océano está lleno de vida. Uno pensaría que en Veracruz no hay nada porque todo está bien cochino, pero hay una cantidad increíble de arrecifes; si tú llegas a ir a la Isla de Sacrificios está súper vivo todo. Y al mismo tiempo el Puerto no es bonito; las playas están llenas de escombros, la gente deja la basura y los pañales tirados; vas al Centro y ves esos edificios viejos cayéndose a pedazos, les salen enredaderas, matorrales, y cuando ha habido mucho viento hasta se han caído; incluso han matado a gente que va por la calle y de repente le cae encima un balcón. O vas caminando por las partes que están arregladitas y de repente te topas con una alcantarilla y llega un soplido, una brisa del mar, y hueles, te lo juro que puedes oler, la mierda de los cinco siglos que lleva existiendo la ciudad.

Hay una especie de contraste: es un lugar bello pero también feo, y es un lugar alegre pero también sórdido. Tiene siempre esta contradicción. Yo trato de hacerle justicia. En *Falsa liebre* es muy marcado; ahí sí quería jugar con esos elementos, hacer ver que sí es un lugar sórdido o degradado o apestoso, pero en el

que al mismo tiempo puedes encontrar la belleza en los momentos difíciles. Es algo que mis personajes siempre están haciendo; tal vez por eso a Vinicio lo tuve que hacer con pretensiones artísticas, porque era la única manera en que yo podía justificar que él constantemente estuviera buscando belleza hasta en las lonjas de Pachi.

LRN: Últimamente, en todos lados se comenta mucho la cuestión de género, la equidad, la ruptura de estereotipos y el empoderamiento femenino. ¿Por qué tú, una mujer escritora, a pesar de este fenómeno, hiciste de tu primera novela una historia de hombres?

FM: *Falsa liebre* me costó 10 años de trabajo. Empecé cuando estaba en la universidad. No la estuve escribiendo durante 10 años, pero fue el tiempo que me llevó concebirla y entender los mecanismos de la novela antes de lanzarme, el cómo se mueve, cómo actúa. Desde el inicio, siempre fueron hombres los personajes principales. Cuando acabé el primer borrador a finales de 2011, obviamente los estudios de género ya existían, pero a nivel de redes sociales, comentarios entre amigos, gente joven, apenas el feminismo empezaba a tener auge; no era algo que estuviera en el discurso cotidiano de las personas. Conocí el test de Bechdel, que se usa para evaluar obras ficticias según la presencia y la función de los personajes femeninos: si son protagonistas, si están en relación con el masculino, si solo aparecen de novias o mamás. Me puse a ver esas categorías y dije: “no mames, *Falsa liebre* no pasa el test, escribí una obra machista”, y sí me bajoneó un poco, porque ya era consciente; pero pensé: “también es muy poco feminista no dejar que las mujeres escribamos de lo que se nos dé la gana; es decir, por qué por ser mujer tengo que escribir sobre mujeres, por qué no puedo escribir



Fernanda Melchor. Fotografía de Emmanuel Herrera

sobre hombres si es lo que yo quiero”. Y es una pregunta que muchas personas me han hecho y no estoy segura de saber responder sinceramente. Uno escribe de las cosas que uno puede, de la forma en que uno puede; a veces ni siquiera de la forma en que uno quiere, sino de la forma en que el texto se deja y la historia va apareciendo.

LRN: *Falsa liebre* es una novela de lo cotidiano, del día común de unos chavos en el Puerto; ¿de dónde vino esa historia de varones?

FR: Mira, desde que yo era muy chava, viví mucho en el mun-

do masculino. Por mi particular formación, mi vida y mi historia familiar, yo asociaba el ser mujer con ser chafa, o sea, las mujeres hacían cosas aburridas. Esto era un poco por la relación de mis papás; mi mamá no tenía estudios y mi papá, que sí tenía universidad, constantemente hacía referencia a la falta de estudios de mi mamá, burlándose de ella o de su falta de cultura. De alguna manera yo siempre notaba que ser mujer era ser débil y estúpida, que era algo así como nacer con una discapacidad. Los personajes de las nove-



Historieta de terror que no espanta

las que yo leía eran todos hombres y los hombres hacían cosas divertidas; en cambio, veía a mi mamá que chambeaba y tenía hijos y se rompía la madre y estaba siempre agobiada. Yo decía: “qué hueva”, y eso de usar vestidos nunca me gustó tampoco. Fui muy *tomboy*, muy marimacha, y me gustaba buscar la compañía de los niños varones, porque con ellos me sentía más libre; con las niñas me sentía criticada, todo el tiempo juzgada en función de si yo era suficientemente femenina o no; en cambio, a los weyes no les importaba ni madres cómo me comportara. Yo tenía la impresión de que el mundo masculino era mucho

más intenso, más lleno de aventuras, y sentía que el femenino era más mezquino, de chismes, de “ay, vamos a jugar a las muñecas” y era de hueva, esa era mi impresión de niña. Entonces, al llegar a la adolescencia, estaba siempre rodeada de batos, nos juntábamos en el parque Zaragoza y era de andar *caguameando* y fumando mota y escuchando sus historias. Y a lo mejor esta novela es como una forma de tratar de entenderlos. Los hombres a mí me atraían, y yo trataba de entender por qué. No era nada más que me gustaran, sino que yo quería formar parte de su mundo. Siento que a veces escribir sobre gays, como algunos per-

sonajes de *Falsa liebre*, finalmente es escribir sobre mí, porque yo quería ser hombre, pero además me gustaban los hombres. Entonces, en el fondo, creo, soy un bato gay, por mi predilección por ellos sin tener que pasar por la identidad femenina o rechazarla. (Por otro lado, jamás sentí deseos de tener un pene, yo decía: “wey, qué voy a hacer con esa madre entre las piernas”, no era eso, no era la idea de poseer mujeres lo que me interesaba de la identidad masculina; sinceramente, no me veo haciendo mi vida o enamorándome de una mujer.) Ya con eso me tuve que reconciliar muchísimo tiempo más tarde y a mi manera. Después aprendí que una es mujer de mil formas, así como hay mil maneras de ser bato: nomás porque no te guste el fútbol no quiere decir que no seas bato, y nomás porque a mí no me gusten los vestidos no quiere decir que no sea mujer. Creo que esta novela cristaliza ese dilema que tenía y el enigma que para mí siempre fueron los batos y el mundo masculino. Era como un intento por comprenderlos, por exponer las masculinidades que yo presenciaba y que me llamaban mucho la atención.

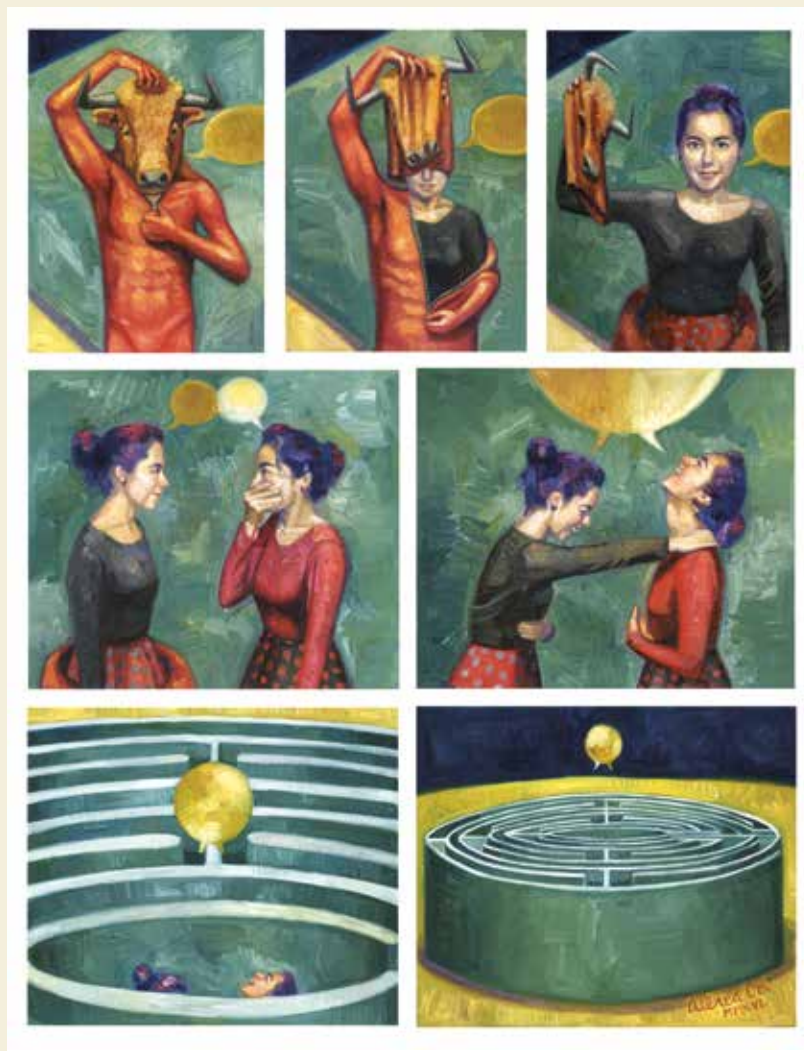
Ya en mi nueva novela ocurrió algo diferente. Ya sabes que uno publica para no cometer los mismos errores. Cuando empecé a escribir *Temporada de huracanes* me dije: “tengo que hacer personajes femeninos profundos”, es una deuda que yo tengo, quiero probarme a mí misma que también puedo hacerlo, y salió, incluso hay un personaje trans.

LRN: ¿Qué obra o autores te motivaron a escribir así?

FM: Hay un autor que se llama J. T. Leroy, es un rollo bien loco. Cuando publicó su novela todo mundo pensaba que era un chavo de 18 años, exprostituto, que estaba en transición de convertirse en mujer; todas sus historias na-

rran las aventuras y miserias de un chavo que se prostituye, al que su mamá lo obliga a vestirse de niña y de quien abusa constantemente. Años después, la gente de la *New York Magazine* y del *New York Times* hizo una labor de investigación y descubrió que esas novelas no las escribió él, porque J. T. Leroy no existía; quien estaba detrás era una mujer llamada Laura Albert. Este “escritor” fue fundamental para *Falsa liebre*. Cuando escuchas su historia te das cuenta de que ella realmente se sentía, realmente era J. T. Leroy. Mucha gente la acusó de lucrar haciéndose pasar por un chavo homosexual para vender libros. Era una señora de 35 años, así como yo. Incluso contrató a su cuñada, que tenía 18, la vistió de chavo para que pudiera dar entrevistas y presentaciones, fue un montaje súper loquísimo. La máscara que encontró fue este heterónimo, aunque, finalmente, las experiencias de las que hablan sus personajes sí son de ella. Laura se hacía pasar por la representante de J. T. Leroy. Decía que ella lo había recogido de la calle y apoyado en su carrera literaria. Mucho de lo que yo hago es por su influencia. Cuando leí el primer libro no se sabía que J. T. Leroy era aquella mujer; eso se descubrió un par de años después, pero no me sorprendió y tampoco me escandalizó, porque en el fondo entendía.

Muchas veces tengo la impresión de que las experiencias que pensamos masculinas exclusivamente, o solo para mujeres, en realidad son universales. Si no fuera así, ¿cómo es que grandes escritores han podido comprender la mente femenina? Pienso en *Madame Bovary* o en *Ana Karenina*, sus personajes tan intensos, tan femeninos, con una sensibilidad tremenda... y en cómo dos batos fueron capaces de escribirlos. ¿Por qué no pensar que una mujer



Historieta de terror que no espanta

puede hacer lo mismo con un personaje masculino?

LRN: ¿Cuáles son las escritoras mexicanas que has leído?

FM: En la casa de mi tío Juan José tenían la colección de *Lecturas Mexicanas* y ahí estaban Rosario Castellanos, Guadalupe Dueñas —que me gustaba por rara— y Josefina Vicens, que en *El libro vacío* escribía sobre la frustración de los hombres; pero la que más me gustó fue Castellanos, sobre todo *Oficio de tinieblas*: se me hizo padrísima, me impresionó mucho su lenguaje, que tocaba temas difíciles, estas imágenes de cómo explotaban a las mujeres indígenas y las violaban, un tema del que nunca había

leído en un escritor mexicano. Me gusta mucho cómo Rosario pone en juego la subjetividad de las mujeres en medio de un contexto político muy definido como Chiapas, que era prácticamente otro país en ese momento. Me gusta muchísimo esa novela. Pero en realidad leí a muchos más hombres. Ahora, estoy haciendo un esfuerzo por leer a más mujeres porque pienso que, para muchos nacidos en los ochenta, todavía, leer a autoras es algo que debemos hacer. Durante mucho tiempo los referentes que teníamos eran de obras exclusivamente de hombres. En cuanto a los escritores hispanoamericanos, creo que me han formado más los varo-

nes: Donoso, Gabriel García Márquez, Rulfo. En cuanto a escritoras, creo que las gringas y las extranjeras han influido más en mí: A. M. Homes, por ejemplo, o la húngara Ágota Kristof (aunque escribió sus principales novelas en francés), que es barbarísima; todas tocan temas muy rudos, con un lenguaje poderoso, muy intenso.

Por mucho tiempo también tuve el prejuicio contra escritoras como Ana Clavel, Ángeles Mastretta o Isabel Allende porque me decía “escriben como mujeres”; se escucha muy rudo, pero después entendí que ellas no escriben “como mujeres”, solo escriben como ellas. No es que las mujeres tengamos que escribir así, siempre con el tema romántico o erótico, con una escritura sugestiva, etérea y sutil. Ahí está Castellanos: siempre intensa, con mucho ritmo, mucho sabor. Ahora lo que me gusta muchísimo son las escritoras de no ficción, como Leila Guerriero, una cronista argentina increíble; Selva Almada, también argentina; Sara Uribe, una poeta que me encanta, es padrísima su *Antígona*. De Cristina Rivera Garza también he leído cosas muy interesantes, aunque para ser sincera, sus novelas no me seducen; me seduce más bien su narrativa a un nivel intelectual, por ejemplo, su ensayo *Los muertos indóciles*, en donde conceptualiza cómo escribir sobre la violencia en esta época.

Hay una corriente nueva de escritores que han preferido alejarse de los temas violentos del México actual para escribir del mexicano cosmopolita. Pienso en Valeria Luiselli: ella habla de vivir en Nueva York, de cursar un posgrado en una universidad prestigiosa en el extranjero, de la propia escritura, pero prácticamente podría ser francesa o inglesa, o de cualquier otra nacionalidad, no hay nada específico en su literatura que haga referencia al México en el que vivi-

Yo no creo escribir como un hombre, y tampoco creo que por hablar de hombres y de masculinidades en mis novelas sea una escritora “masculina”. Porque, además, ¿qué es escribir como un hombre? En sí, todo tipo de escritura es femenina.

mos todos los días. En esta misma onda están también Daniel Saldaña París y Laia Jufresa, por ejemplo: ambos no parecen escritores muy competentes, pero no se les nota lo mexicano, podrían ser de cualquier parte. Ellos son de mi generación, nacidos en los ochenta, pero como lectora me cuesta mucho involucrarme en su prosa, que es rica y bella, pero no es una escritura que me atraiga, y tristemente no sabría decirte por qué. Me identifico más con la gente de otras generaciones, como Emiliano Monge, Yuri Herrera o Antonio Ortuño.

LRN: Ya has comentado sobre tu formación literaria y la visión que tenías antes. Ahora, hoy en día, ¿qué piensas de lo que has denominado la escritura femenina o masculina?

FM: No creo en eso. Tiene que ver mucho con qué asociamos a lo femenino o lo masculino. Durante mucho tiempo fue un halago que los colegas te dijeran, como escritora, “escribes como hombre”, porque implicaba que escribir como hombre era escribir “bien”, con

calidad, y escribir “como mujer” era escribir historias románticas, sin grandes pretensiones literarias. Yo no creo escribir como un hombre, y tampoco creo que por hablar de hombres y de masculinidades en mis novelas sea una escritora “masculina”. Porque, además, ¿qué es escribir como un hombre? En sí, todo tipo de escritura es femenina, o sea, el oficio de escribir, el oficio de sentarte, andar indagando y fantaseando sobre gente inventada y situaciones ficticias se acerca más a una actividad que tradicionalmente asociamos a lo femenino, pues no es algo activo que requiera de la fuerza física, sino una actividad contemplativa. Las novelas, originalmente, aparecen como un género literario casi exclusivamente dirigido a las mujeres. El arte de la novela llega a su cúspide en el siglo XIX con Flaubert y los grandes rusos, y ¿quiénes leían novelas en ese entonces? Mujeres, mujeres burguesas. Se esperaba que quien leyera la novela fuera mujer e incluso los escritores escribían teniendo esta idea de la lectora en mente. Es decir, se consideraba que la lectura de novelas era una actividad femenina y, por lo tanto, hay algo de femenino también en su escritura. Luego, hay gente que dice que no, que en realidad la escritura es masculina porque en ella los autores compiten, pero yo creo que a los escritores de verdad no les interesa competir en absoluto; no todos son como papá Hemingway, no a todos les interesa lanzarse a esa cruzada de egos; muchos simplemente estaban pensando y escribiendo para mujeres. **LPyH**

Luis Román Nieto (Oaxaca, 1994) es graduado en Letras por la UV. Fue becario de la Novena Generación de Verano de la FLM y ganador del Concurso de Cuento del Festival Internacional de Escritores y Literatura, en San Miguel de Allende, 2018.